



*Mi tía Marina, que tanto cuidados me prodigó. Al lado, su esposo César.*



*Coromoto, creadora del método Shoen de sanación, baluarte fundamental en mi restablecimiento.*

## VIII

### LA SEGUNDA ENTRADA A LA CLÍNICA

Mucho del tiempo que pasé hospitalizado por primera vez, me mantuve en estado inconsciente. Los procedimientos médicos, algunos de ellos de especial cuidado y tal vez traumáticos, pasaron desapercibidos por la situación en la que me encontraba. Tocaba ahora enfrentarlos en pleno uso de mis facultades.

Comenzó otra vez la agonía. 30 días en verdadero infierno y de nuevo la batalla entre lo racional y lo espiritual. Se suministraban con periodicidad antibióticos de amplio espectro bajo la dirección de la Dra. Yuraima. Creo que en principio, y con rostro de evidente angustia, mi padre preguntaba con exagerada insistencia acerca de esta inesperada y crítica situación. La Dra. Yuraima esquivaba con frecuencia sus incómodas interrogantes y remitía las respuestas al neurocirujano, el Dr. Bastidas. Evoco la primera vez que, sin saber ella que la persona en una pequeña silla de extensión era mi padre, le pidió desalojar la habitación para examinarme. Varias visitas al cuarto de la clínica establecieron un vínculo que nos alegraba la vida. La “Doctora Bella”, como la bauticé luego, fue también un bastión relevante para recuperarme de este segundo golpe. Era un traspie que había dado mi evolución. La recuerdo con sus lindos ojos cubiertos con unos lentes que le quedaban preciosos.



26 de febrero de 2011. Un enrojecimiento de mi cara y la presencia de una secreción sanguinolenta de la herida presagiaban mi regreso a la clínica.

Agujas por todas partes agujijoneaban mi cuerpo. La fiebre se resistía a marcharse y los pañitos de agua helada, recursos caseros tradicionales tantas veces usados en nuestros hogares, anidaron en las axilas y entre las piernas. Yo no comprendía por qué había retornado a la condición de indefensión, subyugado por organismos microscópicos. Bacterias, bacterias, bacterias. ¿Qué les hice para que acometieran de manera tan furibunda? La pregunta y la impotencia se transmutaron en rabia. Reaccioné de manera violenta contra el personal de enfermería que colocaba los pañitos sobre mi cuerpo. Los brazos hinchados de tantos agujijoneos, la extracción diaria de

sangre, el cambio y recambio de la solución antibacterial, la toma de una vía directa para colocarme los medicamentos... todo eso me transformó en un volcán en erupción. Los pasos de la auxiliar de laboratorio desataban un estado de pánico y angustia. ¿Hasta cuándo me torturaban con esas agujas inclementes que se clavaban en mi humanidad? La voz de protesta, subida de tono, fue un reflejo del estado de ánimo secuestrado por la incertidumbre. La rutina se impuso sobre la desaprobación enferma y agotada de sufrir. Los movimientos se convirtieron en respuesta automática, derrotado por la materialidad: la mano extendida por instinto para que el pinchazo hiciera su trabajo, las órdenes médicas cumplidas al pie de la letra bajo la somnolencia cómplice. El dolor ya no me importaba; había capitulado ante el ataque implacable de esos microorganismos sin alma, sin sangre, sin cerebro, sin nada. Solo organismos diminutos con una máquina diabólica para matar, en contra de un ser pensante inerme ante su disposición asesina. Desgracia para ellos, que se enfrentaban a dos poderosas tropas: una llena de conocimiento médico para combatirlos y otra sustentada en los recónditos misterios de lo mágico.

Con las vías sanguíneas deterioradas y colapsadas por la inyección de tantos medicamentos y tomas de muestras, por lo que las agujas cada día estaban en un sitio distinto, en voz tenue inquiría:



*Las enfermeras, Esperanza y Carla, cuando me atendían en la sala de hospitalización.*

“Dios mío, ¿por qué tanto sufrimiento?”. No vislumbraba el instante en que esa pesadilla acabara. La experiencia de las enfermeras jugaba un papel decisivo en la toma de muestras. Esto se hizo más patético una tarde, ya anocheciendo, cuando se decidió tomarme una vía en el cuello. La doctora, sin experiencia en la técnica apropiada, no pudo colocarme la aguja en el lugar preciso; el dolor fue tan intenso que los gritos escalofriantes retumbaron en los oídos de quienes estaban alrededor de la habitación, incluyendo los de mis seres queridos. El sentimiento de dolor parecía haberse transmitido a mis padres con énfasis especial, quienes en estado de pánico se acercaron a mi lecho de enfermo. Para no alarmarlos más, guardé silencio, tratando de no gritar o hablar para disipar la angustia que nos acorralaba. Esa coyuntura terrible hacía insignificantes los pinchazos recibidos cuando el Dr. Bastidas extraía líquido cefalorraquídeo de mi cabeza. En esas primeras oportunidades corrían las lágrimas por mis mejillas; en estas últimas, los alaridos eran como si desgarraran el aire y se incrustasen en los intersticios de las paredes como huella indeleble del sufrimiento.

Durante la segunda estadía en la clínica vi llegar a los amigos más cercanos, en su mayor parte compañeros de trabajo. Sus caras afligidas reflejaban el estado de gravedad que contemplaban en mi semblante. Como nubes sin rostro en el cielo, manifestaban expresiones lastimeras que vislumbraban un desenlace incierto. Sombras que entraban y salían se convertían en fugaces recuerdos de un pasado que me había acompañado en fecha reciente. Difusión, evasión, confusión: como triada alocada galopaban en mi cerebro atormentado. Sin comprender el porqué de sus rostros enmudecidos, buscaba una explicación a sus angustias. A veces sonreía, a veces dormitaba, y en ese ir y venir transcurría una estela sin tiempo. Corría, caía, me levantaba, abría los ojos y mis amigos estaban allí, luchando por arrancarme de las garras de la muerte. Sus apodos, algunos de los cuales habían inventado, alegraban en ráfagas mis pensamientos: *Cariaco, Cara de Gato, Juan Pique, Peluca, Me-*

*min, Súperpiojo, Picazón o Rasquiña, Frente de Papa, Caballo Capón, Ojo Hondo, Kiko, Pingüino de Monte, El Varón, La China, Mata de Nervio, Bonza, Cara de Queso o Nariz de Bruja, Cintura de Mono, Gorda Light, César Charlita, Splinter o Cara de Comiquita, La Muerte en Bicicleta, Cabeza de Arepa, Pepeto, Papelón, Gusano de Parque, Cara de Locha, Bambán, El Matatán, Pedro Cucaracha, Osito Cariñoso, Olivia, Mamerto, Matico, Avispita, Risa de Guácharo, Marilón, Cachapita, Moco de Pavo, Pariaguán, Shrek, Tavo, Cabeza de Martillo, Camucha, Perro de Agua, Conde del Guácharo, Manana y Bigote de Peine.*

El personal de enfermería con sus trajes blancos, cual montañas de sal, generaban figuras fantasmagóricas que adornaban los alrededores de la cama. Solo los pinchazos de las agujas me hacían retornar a la realidad y las siluetas de sal circulaban por mis venas; me producían dolor y esperanza. A veces, en las profundidades de las noches, los espectros, cansados de deambular por todas las habitaciones, hacían su aparición repentina para colmarme de atención y reafirmarme la esperanza de vivir.

Las noches eran eternas y el tiempo estaba como suspendido. Los duendes de blanco se apiñaban a veces cuando sentía que mi vida se escapaba por las rendijas de la puerta que daba hacia el pasillo. En ese ir y venir de mi existencia, acompasado por el repiquetear de las campanas de la iglesia cercana, las níveas figuras representaban el vínculo con mi atadura terrenal. La comida era tan insípida que extrañaba los exquisitos platos que degustaba con anterioridad.

La cama crujía bajo el cuerpo inerte y esperaba una decisión que no lucía próxima. Las tinieblas eran interminables pensando y hablando con el reflejo de los contornos nómadas.

Las complicaciones no abandonaban a su víctima. Un ataque de hipo se apropió de mi cuerpo y me estremecía. La pesadumbre avasalló a médicos y familiares. Ni los remedios caseros ni los médicos lograban contener las sacudidas. La preocupación cundió entre familiares y médicos. El hipo se prolongaba por varias horas. El neu-

rólogo que me atendía, el Dr. Martín Andrade, sugirió el uso del *Largactil* (clorprozamina), un medicamento que casi había desaparecido del mercado venezolano. Ni la clínica ni las farmacias locales disponían de este, pero a través de las redes sociales de internet se hizo un esfuerzo intenso que no tardaría en rendir sus frutos. El medicamento se localizó en Barquisimeto, ciudad ubicada al occidente de Venezuela, y en un Centro de Diagnóstico Integral de la Misión Barrio Adentro, en Barcelona, cerca de la clínica. El inconveniente fue solventado de forma rápida y se alejó el temor provocado por el inusual ataque. El incesante hipo podría ser la manifestación de un evento cerebro-vascular o una afectación del cerebro. De allí la angustia de los galenos y de mi padre, quien ante la algarabía de la coyuntura había emprendido búsquedas en la red de redes para conocer del trastorno.

El tiempo transcurría y mi barba crecía sin percatarse de mi golpeada existencia. La parte izquierda de mi cuerpo, aunque afectada por el evento cerebral inicial, era muy sensible al dolor. Cuando me rasuraban los vellos de la cara, el suplicio era tan grande que parecía que me los estuviesen arrancando con pinzas.

A pesar del descenso considerable del nivel de glóbulos blancos, los facultativos que me trataban optaron por una “limpieza quirúrgica” para eliminar cualquier foco que estuviese aún activo. Era la tercera operación que enfrentaba; aquello era de nunca acabar. Me había resignado a someterme a cualquier procedimiento o medicamento que obrara en la recuperación de mi salud. Pronto estaría de nuevo de alta para continuar con mi restablecimiento.

Las labores cotidianas de mis dos excelentes fisioterapeutas, Paola y John, no habían cesado a pesar de las pausas que hubo de acuerdo con las instrucciones médicas. El “Tú sí puedes” reiterado por ellos despertó mi lucha por la vida y acrecentó la creencia sobre el poder de la oración; cuando el amor y la fe coinciden en ella hay un resonar en todos los confines del Universo: “¡Dios mío, estoy vivo a pesar de tantos contratiempos en la ruta recorrida!”. Las lá-

grimas abrían paso a la esperanza; el esfuerzo se encaminaba a la búsqueda definitiva de una salida. Sabía que aún restaba un holgado trecho por transitar pero confiaba en ese pertinaz vigor incorpóreo que sustentaba mis deseos por vivir. La otra dimensión, inconcebible para muchos, acariciaba el optimismo que ganaba cuerpo en el sendero tortuoso que enfrentaba diariamente. Las piernas no obedecían al deseo de caminar con normalidad, pero el impulso de hacerlo llenaba de ilusiones lo que se agitaba en lo profundo de mi ser.

Cuando me dieron de alta por segunda vez, mi madre me pidió que fuésemos a la iglesia cercana, donde escucharía con incredulidad y alegría el tañido de las campanas que tantas veces oyera cuando yacía enfermo en la clínica. Su eco ya no lucía lejano y melancólico. La silla de ruedas donde me desplazaba parecía danzar al son de los exquisitos sonidos. Allí mi padre, escéptico ante mi prodigiosa reciente recuperación, se hincaba para ofrecer testimonio de lo anormal ante tantas adversidades. Agradecí a Dios y a mi Virgencita del Valle por ser aliados primordiales en esa batalla no declarada contra los agentes del mal. La pasada lucha fue tenaz, sacrificada, pero la derrota dictaminada por poderes superiores inclinó la balanza para que obtuviera un insólito triunfo.

El tiempo hizo una pausa, se comprimió hasta que yo lograra subirme de nuevo a la silla de ruedas y luego nos dirigimos, ¡otra vez! a mi apartamento. Allí me esperaban mi mascota y compañero fiel Rufy Andrés, Luis – Eudalys (el “soporte técnico”) y mis cuñados. Mis queridos vecinos, Annie y Edward, me recibieron con manifestaciones de júbilo, sin poder evitar que las lágrimas se desplazaran con lentitud por sus mejillas. La felicidad desbordada se convirtió en fino riachuelo que surgía de la profundidad de lo bueno. De las esquiras del abismo.

Los recuerdos brotaban y se apretujaban en pugna por ubicarse frente a las imágenes. Competían para sintetizarse en instantes imperceptibles. El esfuerzo que había hecho para cimentar mi ilusión futura se evidenciaba en todo lo que observaba: la adquisición del

apartamento, el afán que puse en hacerlo atractivo, mi pareja *Yuli*, mi compinche Rufy Andrés, el trinar de los pajaritos merodeando el hogar recién establecido, los pequeños bancos frente a la puerta principal donde nos juntábamos y libábamos pequeñas dosis de cerveza y whisky, donde reíamos y hacíamos chistes. En fin, donde fuimos felices por un largo tiempo, ajenos a la depresión y la incertidumbre. No pude contener el llanto y caí en un estado de abatimiento que rodeó la escena por un período considerable.

Aunque libre de la rigidez necesaria de la clínica, el cumplimiento del dictamen médico, traducido en las nuevas instrucciones, me ataba al presidio indeleble de la rutina medicamentosa. Imposible olvidar a mi querida tía Marina, profesional humilde y colmada de amor que, antes de partir al laboratorio que tiene, se encargaba todas las mañanas de recolectar la muestra de sangre con el objetivo de asentar un control hematológico y del perfil lipídico. En compañía de César, su esposo, a quien admiro por su modestia, iba muy temprano a mi apartamento a completar el tratamiento indicado. La presencia de ambos, casi de madrugada, señalaba que otra jornada se iniciaba en mi vida. Así lo sentía. También lo indicaba, día tras día, la aparición de mis amados Marina y César.

Las imágenes no me abandonaban. Extrañaba a mis hermanas, Irene y Lourdes; a mis sobrinas, Celeste, Brisabed, Karlene, Karla (*Huesito de Pollo*), Katherine (*La Catira Mendoza*); a mis primos, Natalí (ya fallecida); Mónica, quien explotaba en carcajadas con los relatos de mis aventuras juveniles; José Alejandro, que protagonizó muchos de esos episodios picarescos de los años mozos; Claudito, baluarte en la movilización para conseguir el medicamento *Largac-til*; Edmundo Rafael y Edmundo Ramón, ayuda médica fundamental en la milagrosa recuperación; Maritza, *Chabe*, Héctor, Ramoncito, Elito y Juancito. Era una película ininterrumpida de rostros inolvidables que el escáner mental no cesaba de reproducir. Mis tíos Héctor, *Mundo*, Claudio, *Chabela*, José Eusebio, *Paquita*, Emma y Elio, se mantenían rondando el recóndito misterio cerebral. Los

auxilios económicos de mis tíos *Mundo* y Claudio, soliviantaron la pesada carga que constituía la restauración hacia la normalidad. Era un filme interminable de facciones. ¿Cómo olvidar a mi santa abuela Josefina, quien a duras penas arrastraba su silueta para pedir sin descanso la salvación y recuperación de su nieto? Película sin fin que me remontaba a la época del celuloide, aquel material que con magistral destreza manejaba mi abuelo *Mundo*. Era el ir y venir, día y noche, de sonámbulas figuras que me acompañaban en el compendio de las ocasiones funestas .

Seguía utilizando las improvisadas barras paralelas que mi padre instaló en el apartamento, siempre bajo la supervisión de alguien. Los medicamentos continuaban protegiéndome de una posible recaída y las visitas y plegarias proseguían su efecto curativo. Nunca se rindió la gente que oraba día a día. Era como si en sus mentes no existiese la palabra “derrota”. Mis adoradas sobrinas, Karlene, Karla y Katherine, me visitaban con frecuencia los fines de semana. El regocijo que experimentaba cuando las veía opacaba un poco la tristeza que se asomaba con la deficiencia física que padecía. Recuerdo que Karla albergaba cierto temor a acercarse. La cara, desfigurada como consecuencia de las operaciones, lucía deforme y ella estaba lejos de entender la adversidad que yo atravesaba. Cuando arribaron a mi apartamento, durante la fiesta de Carnaval, mi hogar se adornó con la belleza de sus inocentes expresiones. Se disfrazaron para hacerme feliz y lo consiguieron. Indescriptible la sensación de bienestar que sentí.

El camino no estuvo libre de dificultades y sobresaltos. Tropiezos que al principio se manifestaron con un fuerte dolor en los dedos del pie izquierdo, lo cual persistió por un largo período. Por primera vez escuché mencionar la expresión “Síndrome del Dolor Central”, una condición neurológica anormal debido a un daño o mal funcionamiento en el sistema nervioso central, cuya existencia exagera la sensación de dolor. Había el temor de que esto se extendiera en el tiempo, como secuela del ACV que había dado un giro dramático a



*7 de marzo de 2011. Mis queridas sobrinas, Karla, Karlene y Katherine, disfrazadas para alegrarme la vida durante el carnaval de ese año. Recién salía de una meningitis que complicó mi estado de salud.*

mi vida. Me enfurecía el llamado a la paciencia de quienes me rodeaban y se empeñaban en inclinarse por orar en forma tan insistente. Mientras me debatía en las noches de insomnio, instigadas por el intolerable acompañante, una estela de recuerdos me hablaban de lo irrecuperable dejado en el sendero: las reuniones con los amigos, los paseos al río o a la playa, el compartir en los momentos de ocio en el trabajo; en fin, todo lo bello había dado paso a la incertidumbre. ¿Qué resultaría de esto? La fatalidad que truncó mi habitual devenir, ¿se erigiría como un reto o se ensañaría en tenerme como copiloto de travesía hasta la eternidad?

Las indicaciones médicas no surtían efecto y tuve que soportar este padecimiento durante unos 40 días. En una mañana tranquila, el dolor se esfumó de forma enigmática. ¿Cedió a las súplicas inagotables de mis seres queridos o, simplemente, se condeció de tanto sufrimiento concentrado? La extraña desaparición del dolor mejoró mi estado de ánimo y permitió seguir con la fisioterapia, conducida de forma ejemplar por Paola. A ella le señalaba que no percibía la textura de los objetos que tocaba con la mano izquierda, lo cual fue

consultado al Dr. Bastidas. Éste arguyó que, como consecuencia del ACV, los pacientes pueden sufrir alteraciones sensoriales en el tacto y esto les impide distinguir los contornos de las piezas que toman con sus manos. En la actualidad sufro de esta deficiencia. Aunque he tratado de acostumbrarme a ella, no dejo de incomodarme por su permanencia.

Con el transcurrir de los días y la rutina, entre espacios de felicidad y llanto, había que tomar decisiones para avanzar. Los recursos económicos habían mermado, a pesar de que el volumen más copioso de los gastos había sido cubierto por PDVSA, la empresa donde trabajaba como operador de planta petrolera. Una vez que la parte más crucial volvía a alejarse, mis familiares iniciaron gestiones para arrancar de nuevo con la fisioterapia, elemento esencial para volver a caminar sin ayuda. ¿Cómo hacerlo si estábamos enfrentados a una ardua situación financiera? Era imposible seguir con las terapias de nuestros apreciados John y Paola. Entre pláticas y comunicaciones con amigos, se exploró la posibilidad de contactar la Sala de Rehabilitación Integral (SRI), creación del Estado venezolano mediante un convenio de salud firmado con el gobierno cubano. Esta propuesta, tramitada por nuestra entrañable Marisol Guerra, cristalizó de inmediato. En realidad, ignorábamos cuál era el procedimiento para

*12 de marzo de 2011. Después de cuarenta días de sufrimiento, el dolor que sentía en mi pie izquierdo, desapareció. De allí en adelante, mi estado de ánimo cambió por completo.*

